

RESEÑAS

Haack, Susan, *Evidence and Inquiry. Towards Reconstruction in Epistemology* (*Evidencia e Investigación. Hacia la reconstrucción en epistemología*), Oxford: Blackwell 1993 (pb. 1995), X, 259p., índice, bibliografía.

Que la epistemología requiera de algún tipo de reconstrucción resulta de suyo una idea polémica. Para unos, la epistemología nunca ha pasado por una crisis tan profunda como para plantear la necesidad de una reconstrucción; para otros, los problemas epistemológicos son tan fundamentales y relevantes como el problema de tratar de establecer cuántos ángeles caben en la punta de un alfiler. Para Haack, la crisis se debe a falsas dicotomías que han dominado el debate y que es preciso superar. En *Evidencia e Investigación* esta situación es presentada en detalle, de tal manera que un beneficio inicial para el lector de la obra será la posibilidad de tener una visión de conjunto de las actuales discusiones sobre epistemología, sus problemas y las diferentes líneas de investigación.

Del hecho de que en la epistemología contemporánea el conocimiento esté concebido como *creencia justificada*, se derivan dos grandes problemas. Uno es el de establecer qué cuenta como evidencia para una creencia. El otro es el problema de determinar qué relación hay entre las creencias respaldadas por evidencias y la posibilidad de que dichas creencias sean verdaderas. El contexto general del debate epistemológico es definido por Haack como la discusión entre fundacionalismo y coherentismo. Es precisamente este contexto el que genera las dicotomías que Haack pretende superar dando paso a lo que ella llama *fundherentismo*, es decir, a una visión epistemológica que, como su nombre lo indica, es una posición intermedia entre fundacionalismo y coherentismo. Haack presenta además sus objeciones a otros proyectos que alegan haber superado las visiones tradicionales. Por "visiones tradicionales" se entenderán aquellas que, concibiendo el conocimiento como *creencia justificada*, han terminado asimilando la epistemología a una *teoría de la justificación*. De manera que los proyectos no-tradicionales son aquellos que no buscan la justificación del conocimiento; dentro de los cuales estarían situados el proyecto falsacionista de Popper y el conversacionalismo de Rorty.

En general, una teoría de la justificación es fundacionalista (ya sea apriorista o experiencialista) cuando: a) se establece una distinción entre "creencias básicas" y "creencias derivadas", b) se asume que las creencias básicas están justificadas en un *input* de información que no es una creencia y c), cuando la justificación actúa en una sola dirección, de las creencias básicas a las derivadas. El coherentismo, en cambio, sostiene que:

Una creencia está justificada si hace parte de un conjunto coherente de creencias, sin que ninguna creencia tenga un estatus epistemológico privilegiado y sin que ninguna creencia tenga un lugar especial en el conjunto coherente.

Una diferencia sustancial es que, mientras que en el fundacionalismo el soporte entre creencias es necesariamente unidireccional, en el coherentismo siempre hay lugar para el soporte mutuo de las creencias y la justificación es siempre un asunto de relaciones entre creencias. Sin embargo -señala Haack-, en esta dicotomía no se agotan las opciones. Todavía hay un espacio lógico en el medio. Una teoría que permita la justificación de una creencia basándose en algo distinto a una

creencia no puede ser coherentista; una teoría que no requiera unidireccionalidad no puede ser fundacionalista. Una teoría que dé lugar a la relevancia de la experiencia para la justificación, pero que no requiera de una clase de creencias privilegiadas, no será ni fundacionalista, ni coherentista. Caracterizada en esa forma dicha teoría podrá ser llamada sin ambigüedad *fundherentista*.

El argumento anti-fundacionalista (cap. 2), es desarrollado por Haack como una crítica a C.I. Lewis en su *An Analysis of Knowledge and Valuation*. Que las “aprehensiones de lo dado” en la experiencia inmediata constituyan certezas; que haya algo así como “aprehensiones absolutamente certeras” que justifiquen las creencias empíricas; y, finalmente, que la justificación dependa en última instancia de este tipo de aprehensiones, son las tesis centrales del fundacionalismo que, según Haack, cuando son epistemológicamente interesantes, resultan ser falsas. De hecho, el mismo Lewis se ve forzado a aceptar que la mayoría de las creencias empíricas no dependen, ni siquiera en parte, del soporte de supuestas aprehensiones certeras de lo dado, sino de recuerdos falibles de lo que ha sido previamente dado en nuestra experiencia personal.

Pero el rechazo a las tesis fundacionalistas no necesariamente habrá de llevarnos al coherentismo. Haack realiza un estudio de caso de dos autores que, a su juicio, pueden ser clasificados como coherentistas (cap. 3). El primero es L. BonJour en su *The Structure of Empirical Knowledge*. Para responder a las críticas desarrolladas por Lewis al coherentismo, BonJour introduce un “requisito de observación” para la justificación, que sugiere que “las creencias que son no-inferenciales en su origen pueden ser justificadas, inferencialmente, por medio de un argumento que recurre a sus orígenes no-inferenciales”. Este elemento introduce en la postura de BonJour cierta ambigüedad, haciendo que existan dos posibles interpretaciones; una en la que el coherentismo se mantiene pero no se garantiza el *input* experiencial; y la otra, en la que se salva el *input* experiencial pero al costo de debilitar el carácter coherentista de la teoría.

En una segunda crítica al coherentismo, se esgrimen objeciones a las tesis de D. Davidson en su *A Coherence Theory of Truth and Knowledge*. De acuerdo con Haack, Davidson desarrolla en este artículo dos estrategias; una positiva que se sintetiza en la tesis según la cual “la creencia es por su naturaleza verídica”; otra negativa que corresponde a la tesis que señala que “la idea de que una creencia podría estar justificada en algo distinto a otras creencias descansa en una confusión entre justificación y causación, de manera que no hay alternativa a la concepción coherentista”. Estas tesis se basan en una extensión del principio de caridad. Esta extensión es el objeto de la crítica de Haack, pues para ella, pasar de la presunción de un acuerdo entre hablantes a la asunción de que la mayor parte de las creencias de un hablante son correctas, es ilegítimo e indefendible. Lo que Haack critica a Davidson es el uso fuerte del principio de caridad, es decir, el hecho de pasar de la maximización del acuerdo a la maximización de la verdad. Haack señala adicionalmente que la distinción entre justificación y causación (que las experiencias empíricas actúan como causas, no como justificaciones), en vez de constituir un argumento contra el experiencialismo, termina más bien por sugerir que una teoría adecuada de la justificación debe incorporar este doble aspecto de causación (experiencialista) y justificación (coherentista).

En efecto, el fundherentismo (cap.4) es una teoría de doble aspecto. Su objetivo es permitir que la experiencia juegue un papel relevante en la justificación empírica y permitir el soporte mutuo entre las creencias. El *explicandum* de esta teoría de la justificación es:

A está más/menos justificado, en un tiempo *t*, en creer que *p*, dependiendo de qué tan buena es su evidencia.

Este tipo de *explicandum* implica que: a) la justificación se expresa como una locución personal; b) la justificación se da en grados y c) la justificación puede variar con el tiempo (independientemente del grado de justificación). a) es un elemento tomado del coherentismo, mientras que b) y c) son elementos fundacionalistas en el sentido experiencialista del término. Al articular el fundherentismo de esta manera, surge inmediatamente la necesidad de especificar cuál es el papel de la experiencia en la justificación de las creencias. Ya Sir Karl Popper había planteado una crítica en este sentido, desarrollada como "crítica al verificacionismo", en la que se afirma que la función de la experiencia no es justificar (vía verificación) nuestras creencias, sino falsarlas. El falsacionismo de Popper es también un intento de salir de la dicotomía fundacionalismo-coherentismo, pero es -según Haack (cap.5)- un intento fallido en la medida en que Popper no resuelve el problema de la base empírica. El argumento anti-psicologista de Popper está basado en dos premisas. La primera afirma que entre la experiencia de un sujeto y su aceptación (o rechazo) de un enunciado básico sólo puede haber relaciones causales, no lógicas. La segunda afirma que sólo las relaciones lógicas, y entre estas sólo las deductivas, son epistemológicamente relevantes. Haack contra-argumenta que la primera premisa es verdadera pero la segunda es falsa. Popper se equivoca al considerar que sólo las relaciones de la lógica deductiva son epistemológicamente relevantes y que se puede hablar por ello de una epistemología sin sujeto cognoscente ("*Epistemology without a knowing subject*", es el ensayo de Popper en el que Haack centra su crítica). En cambio el fundherentismo, en la medida en que no es anti-psicologista, es concebible como una epistemología naturalizada; y en la medida en que rechaza el deductivismo popperiano, debe entenderse como una epistemología con un sujeto cognoscente.

Aquí surge la necesidad de diferenciar el fundherentismo de la epistemología naturalizada de Quine (cap.6). La idea misma de una naturalización de la epistemología (debida en gran medida a Quine) consiste en que la epistemología no puede establecer a priori las condiciones de justificación del conocimiento, sino que tiene que recurrir al apoyo de la ciencia natural. Existen al menos tres formas distintas de entender la expresión "epistemología naturalizada". La primera es denominada por Haack *naturalismo expansionista*: que la especulación filosófica se puede complementar con la ciencia natural para, así, dar cuenta de los problemas epistemológicos. La segunda, se llamaría *naturalismo reformista*: que algunos problemas de la epistemología tradicional pueden ser resueltos por la ciencia natural. Finalmente, según el *naturalismo revolucionario*, los problemas epistemológicos deberían ser abandonados y reemplazados por una ciencia natural de la cognición humana. Haack hace esta clasificación para sentar las bases de su crítica a Quine, mostrando que éste usa indistinta y ambiguamente los tres sentidos de la expresión "epistemología naturalizada". Esta ambigüedad lleva a Quine a afirmar -correctamente según Haack- que existe una continuidad entre filosofía y ciencia. Pero

de ello no se sigue, como parece ocurrir en Quine, que no exista una diferencia *de grado* entre filosofía y ciencia que es fundamental, pues no hay un prospecto serio de resolución exitosa de los proyectos familiares de la epistemología dentro de la pura ciencia natural. El resto del capítulo se dedica a mostrar dos intentos fallidos de resolver problemas epistemológicos dentro del puro marco de la ciencia natural: el problema de la inducción y el del estatus epistemológico de la ciencia. La postura de Haack es definida como un naturalismo aposteriorista y reformista en el cual -al contrario de Quine- se examina la relación entre evidencia y creencia.

Pero esta posición debe ser diferenciada de lo que se conoce como “confiabilismo” (Alvin Goldman en su *Epistemology and Cognition* es uno de los principales exponentes) (cap.7). El confiabilismo explica la justificación con base en la *conducividad a la verdad* (*truth-conduciveness*) propio de los procesos de formación de las creencias. A su vez, la conducividad a la verdad es entendida en términos de los porcentajes de verdad (*truth ratios*) alcanzados por dichos procesos. Al explicar la justificación en términos del proceso por el cual el sujeto llega a una creencia, pasa por alto la perspectiva del sujeto (centrándose en el proceso). Pero en realidad, los confiabilistas basan los criterios de justificación en lo que ellos *suponen* ser, de hecho, un indicador de verdad. En el fundherentismo, en cambio, los criterios de justificación están basados sin rodeos en *lo que tomamos por* indicadores de verdad o de la posible verdad de una creencia. Uno de los atractivos del confiabilismo de Goldman para la mentalidad contemporánea es su relación positiva con la psicología cognitiva y con el naturalismo revolucionario, posición que no es compartida por Haack.

El objetivo del cap.8 es defender la legitimidad de los proyectos epistemológicos en contra del naturalismo revolucionario. Dentro de estos científicistas revolucionarios o radicales estarían Paul y Patricia Churchland y Stephen Stich, quienes parten del hecho de que podría no haber cosas tales como las “creencias” o “estados intencionales”, de manera que la pregunta acerca de cuáles creencias deberíamos sostener responde a una pura superstición. Para enfrentar esta crítica radical a la epistemología, Haack evaluará lo que se está ofreciendo a cambio y concluirá que en fin de cuentas no se está ofreciendo más que pura retórica. Lo que supuestamente se ofrece es: a) evidencia que muestra que la ciencia cognitiva puede darnos explicaciones de la acción sin postular creencias ni deseos y, b) argumentos que alegan mostrar en principio que esto no es accidental, dado que las bondades ontológicas de los “estados intencionales” son, en el mejor de los casos, dudosas. La línea de contra-argumentación de Haack constará de dos momentos. En el primero tratará de esclarecer las razones efectivas de estos revolucionarios. En el segundo, mostrará que, basándose en la ciencia cognitiva, o bien, a) se ofrecen explicaciones de la acción pero, al contrario de lo propuesto, se postulan creencias, o bien, b) no se postulan creencias pero, al contrario de lo anunciado, no se ofrecen explicaciones de la acción. Los trabajos de Stich en psicología cognitiva e inteligencia artificial computacional tienden a caer en la primera categoría, mientras que los de Churchland en neuropsicología e inteligencia artificial conexionista, parecen caer en la segunda. Haack hace mención del trabajo de varios especialistas en ciencia cognitiva citados por Stich y Churchland y finalmente muestra que la conclusión de que no hay cosas tales como “creencias” se basa, más que en la ciencia, en preconcepciones de la filosofía de la mente. Las personas son organismos biológicos,

organismos físicos en un ambiente físico. Pero eso no debe llevarnos a asumir, como lo hace Churchland, que en esa medida los "estados intencionales" deban ser reducidos a "estados neuropsicológicos"; ni tampoco, como lo hace Stich, que deban ser identificados con estados del cerebro "autónomamente descriptibles". Una de las objeciones relevantes señaladas por Haack es que desde la perspectiva de estos revolucionarios científicistas, resulta difícil explicar por qué las personas enuncian sentencias y en general "dicen cosas", pues, no habiendo la posibilidad de explicar las declaraciones de una persona por relación a sus creencias, dichas declaraciones se vuelven un misterio. Si no hubiese creencias, no habría diferencia entre una persona afirmando p y un loro enunciando "p" y, agrega Haack, en particular, no habría diferencia entre Churchland o Stich afirmando que no hay creencias y un loro diciendo "no hay creencias".

En esta línea de autores que proponen el abandono de la epistemología se destaca el trabajo de uno de los más controvertidos pensadores contemporáneos: Richard Rorty (cap.9). Rorty plantea que las críticas de Sellars y Quine a las nociones de "lo dado" y "la analiticidad", respectivamente, se combinan para acabar con toda posible epistemología fundacionalista, tanto en la versión experiencialista como en la apriorista. Rorty propone reemplazar epistemología por hermenéutica, y esto significa reemplazar "confrontación" (entre la representación y el hecho) por "conversación", de tal manera que la justificación se vuelve una práctica social.

Haack anota que el rechazo del experiencialismo basado en Sellars no lleva necesariamente al conversacionalismo. Por otra parte, el uso de la argumentación de Quine no conduce a la refutación del apriorismo, pues no es ni necesaria ni suficiente para ello. No es suficiente porque, incluso si no hay verdades analíticas, de ello se sigue que no hay conocimiento a priori sólo si se identifica lo a priori con lo analítico. No es necesaria porque los criterios de justificación empírica requieren presupuestos sintéticos (acerca de las capacidades cognitivas humanas), de modo que la falsedad del fundacionalismo se seguiría sólo del rechazo de lo sintético a priori, y no de lo a priori en general. Rorty no tiene, entonces, ningún argumento para abandonar la epistemología. Haack muestra también que la clasificación de los conceptos de verdad que subyace a su postura es estrecha y tendenciosa. Rorty distingue dos teorías de la verdad; una familiar que se refiere a la verdad como "lo que uno está dispuesto a defender en contra de quien viene a discutir" y "la de Putnam", que tiene que ver con ideas de la razón pura o con lo a priori. Esta última es trascendental y está basada en la idea de "reflejo" y "representación de las cosas en sí". En cambio la versión familiar, que Rorty asocia a Tarski y a Davidson, es más sencilla e intuitivamente accesible. Haack objeta que Rorty esconde por lo menos seis concepciones distintas de verdad que estarían entre estos dos extremos y quiere hacernos creer que debemos escoger entre anti-realismo y realismo trascendental. Es más, que las teorías de Tarski y Davidson sean anti-realistas es algo que bien puede discutirse.

El conversacionalismo es una concepción que entiende la justificación como una práctica social o una convención variable entre y dentro de las culturas. En esta medida, existe la posibilidad de entender el conversacionalismo de Rorty como la conjunción de la tesis contextualista con la tesis convencionalista. Así planteadas las cosas, Rorty

aparecería como una tercera opción entre fundacionalismo y coherentismo. Pero en la medida en que las fallas anotadas por Rorty al fundacionalismo no constituyen un verdadero argumento en favor del contextualismo (anti-realista), todavía hay lugar para el coherentismo y, en particular, para el fundherentismo.

Por otra parte, el conversacionalismo, entendido como “contextualismo más convencionalismo”, se convierte en una concepción relativista y cínica. Relativista, porque trata todos los estándares epistémicos de todas las comunidades a un mismo nivel. Cínica, porque Rorty rechaza las acusaciones de relativista y en 1991, en su *Objectivity, Relativism and Truth*, adopta una postura que Haack llama tribalismo. El tribalismo consiste en pensar que los criterios de la comunidad epistémica a la que uno pertenece son mejores que aquellos de las otras comunidades. Si la justificación fuera sólo una práctica social, es decir, si la objetividad no estuviera conectada en alguna instancia con mejor o peor evidencia, entonces sería imposible hablar de cualquier clase de investigación (epistemológica, científica, forense, histórica o matemática). El error de Rorty consiste en basar su argumentación en una falsa dicotomía entre extremo realismo versus extremo anti-realismo. En esa medida, la legitimidad de la epistemología parece estar asegurada.

Al llegar a este punto de la crítica, Haack intentará señalar lo que constituye la clave de la reconstrucción de la epistemología, a saber, la posibilidad de establecer unos criterios de justificación que sean el resultado de una estandarización convergente (cap.10). Su tesis central puede formularse así: si la relación entre evidencia e investigación pudiera ser caracterizada a través de unos criterios estandarizados, esto es, si los criterios de justificación de las creencias fueran de suyo indicativos de la verdad (truth-indicative), la epistemología quedaría legitimada. Haack aclara que no nos ofrecerá una prueba “cartesiana”, sino sólo algunas razones para pensar que los criterios fundherentistas de justificación son indicativos de verdad. Para ello, es importante distinguir entre “criterios de justificación” y “conducta de investigación”. Frente a la “conducta de la investigación” se puede tener una actitud pluralista, pues podría haber diferentes procedimientos de investigación igualmente buenos. Pero con relación a los “criterios de justificación” el pluralismo no es plausible. Lo que debemos hacer, según Haack, es examinar los desacuerdos que nos han llevado a pensar que los estándares de evidencia son relativos a las culturas. Seguramente encontraremos que si pensamos en el nivel adecuado de generalización del contexto, más que en el contenido material de una creencia, podremos encontrar comunidad más que divergencia de criterios de justificación.

A está más justificado en creer que p, mientras mejor esté p anclado en la experiencia y respaldado por otras creencias, al estar integrado a una explicación cuyos componentes estén también anclados a la experiencia y respaldados por otras creencias.

El argumento para mostrar que este criterio de justificación fundherentista es indicativo de verdad, se basa en una idea tomada de Peirce. Si concebimos, al modo de Peirce, una teoría ideal hipotética que está máximamente anclada en la experiencia e integrada explicativamente, sus proposiciones gozarían de una justificación COMPLETA (no sólo relativa a un contexto, sino idealmente completa). Si además, siguiendo a Peirce, identificamos la verdad con esta teoría ideal, entonces la justificación COMPLETA es una indicación decisiva de la verdad de una creencia. Podríamos, sin embargo,

preguntarnos si sería posible trabajar con la idea de que la teoría ideal hipotética, aunque no pudiera ser falsa, fallara por no incluir todas las proposiciones verdaderas. En este caso, podríamos admitir, de acuerdo con la idea fundherentista de grados de justificación, que el grado de indicación de verdad depende del grado de justificación.

Ambas formas de mostrar que el criterio fundherentista de justificación es indicativo de verdad, descansan en dos presupuestos acerca de las capacidades cognitivas humanas: 1) que la experiencia (sensorial e introspectiva) es una fuente de información empírica y 2) que esta es la única fuente final de información disponible para nosotros. Sin la primera, no habría forma de diseñar ninguna clase de argumento satisfactorio para los criterios fundherentistas, pues estos son de carácter esencialmente experiencialistas. Sin la segunda, aún sería posible mostrar que la satisfacción de los criterios fundherentistas de justificación son al menos *una* indicación de la verdad. Así concluye Haack la exposición de sus razones en favor del fundherentismo. Su investigación es valiosa no sólo por ensayar una salida original a la epistemología tradicional, sino también por señalar con agudeza algunas debilidades de los argumentos destructivos de sus críticos más radicales.

William Duica